

Apuntes para una lectura económica de los conflictos armados

Jesús A. Núñez Villaverde



Se tiende a pensar que la declaración, formal o no, de la guerra ha sido siempre un recurso del fuerte contra el débil. Sin embargo, el estudio de los conflictos característicos de la última etapa de la guerra Fría y, sobre todo, de los que actualmente sufre la humanidad, están obligando a modificar estos supuestos tan arraigados. Bastaría con asomarse a lo que ocurre en diferentes partes del África subsahariana, donde se manifiesta una violencia estructural en la que no resulta fácil rastrear las motivaciones políticas de los actores en presencia, o a conflictos tan recientes como los de Afganistán o del que está en marcha contra Iraq, para poder percibir cómo otros factores, entre los que destacan claramente los económicos, van adquiriendo un protagonismo creciente.

Aumentan los presupuestos de defensa

La reducción del esfuerzo militar mundial registrado como consecuencia del final de la Guerra Fría, tanto en efectivos humanos como en recursos económicos dedicados a la defensa, pareció indicar una pérdida de importancia de los asuntos militares en el marco de las relaciones internacionales y una oportunidad para apostar por otras vías para garantizar la paz y la seguridad. Sin embargo, desde que se ha iniciado esta década se percibe una notable revitalización no sólo del discurso militar (la política internacional está cada vez más militarizada, en función de los imperativos de la "guerra contra el terror"), sino también de las acciones desarrolladas en este campo. La decisión adoptada por la Administración Bush de incrementar significativamente sus presupuestos de defensa, está siendo seguida por otros países (Gran Bretaña y Francia entre los más destacados, pero también España) y sirve para que los representantes de la Unión Europea (tanto del Sr. PESC, Javier Solana, como el propio presidente de la Comisión Europea, Romano Prodi) vayan preparando a la opinión pública comunitaria para aceptar sustanciales aumentos en los presupuestos de defensa en sus respectivos países, con el argumento de que es la única manera de que la UE pueda llegar a "ser alguien en el mundo".

Esta tendencia, cuando se analiza en lo que afecta a los principales países desarrollados del mundo,



que no por casualidad coinciden prácticamente (a excepción de China y Rusia) con los que poseen los mejores ejércitos y los que han desarrollado una mayor capacidad productora y exportadora de armamentos, explica el interés por explotar esta argumentación, basado fundamentalmente en la necesidad de hacer frente a las amenazas (reales por otro lado) del terrorismo internacional y de la proliferación de armas de destrucción masiva, adaptando su estrategia a los nuevos tiempos. Unos tiempos que, en este terreno, recuerdan desgraciadamente a etapas que ya parecían superadas. Por centrarnos en el caso estadounidense, aunque a otra escala podría hacerse el mismo ejercicio con otros países occidentales, resulta evidente la instrumentalización del peligro de la necesidad de la guerra para atender a otros fines. En primer lugar, habría que recordar cómo en el escenario preelectoral de noviembre pasado, los asesores políticos del partido republicano decidieron apostar claramente por centrar el debate en torno a la campaña contra Iraq, en un intento, exitoso, de desviar la atención de la opinión pública sobre la mala situación económica y los escándalos financieros que habían salpicado a importantes empresas y a dirigentes del propio gobierno. Por otro lado, la exacerbación del patriotismo más rancio ha

facilitado la aprobación de los mencionados incrementos presupuestarios dedicados a la defensa y a la puesta en marcha del programa del escudo antimisiles, dinamitando las bases del modelo estratégico válido hasta ahora (lo que podría traducirse en una nueva carrera de armamentos nucleares).

Una industria con muchos beneficios

Ésta ha sido, una vez más, la vía elegida por los gobernantes estadounidenses para tratar de superar la recesión económica en la que EEUU se encuentra. Como ya ha ocurrido en otras ocasiones a lo largo de la historia reciente, EEUU tienen en su complejo militar-industrial uno de sus principales motores de actividad económica. Alimentar ese motor, con más presupuestos y con más programas (del total de gasto militar mundial, estimado en unos 800.000 millones euros -valor aproximado en dólares-), es un recurso que ha logrado resultados positivos en el pasado y que se confía en que también lo haga ahora. Es una actividad, artificialmente impulsada desde la Administración, que reporta beneficios no sólo en el interior del país (generando más empleo y otorgando garantías de supervivencia a las empresas), sino también en el exterior, permitiendo a EEUU colocarse un escalón por encima de cualquier posible competidor a escala mundial y facilitando el reforzamiento de alianzas estratégicas con aquellos países que se convierten en sus principales clientes en este capítulo. En este sentido, es necesario destacar el papel que crecientemente está adoptando el ministerio de defensa, no sólo en EEUU sino en la práctica totalidad de los países con capacidad industrial en el ámbito de la defensa, como un agente comercial de las empresas nacionales del sector. En

la medida en que las propias fuerzas armadas no son capaces de absorber totalmente la producción de dichas empresas, y dado que por intereses nacionales resulta fundamental asegurar su supervivencia y su rentabilidad, los departamentos de defensa, ayudados por los de asuntos exteriores, se preocupan de encontrar los clientes necesarios en cualquier rincón del planeta.

El recurso a la violencia y sus "ventajas"

Esta tendencia se acomoda perfectamente a un comportamiento generalizado de muchos de los países en desarrollo, que no disponen de una industria de defensa que les satisfaga la demanda de sus fuerzas armadas. Una demanda que, en demasiados casos excede sus necesidades de auto-defensa, y que se explica mucho mejor por causas ligadas a un afán expansionista o a intereses propios de los altos mandos de los diferentes ejércitos, convertidos en actores con capacidad política. Bastaría recordar, como ejemplo bien claro de este comportamiento, el rearme generalizado que se produjo por parte de todos los países del Golfo Pérsico tras la campaña militar contra Iraq, en 1991 (que supuso un importante negocio para las compañías de armamento de EEUU, Gran Bretaña y Francia, principalmente). Cuando actúan así, entienden, equivocadamente, que más armas significan más seguridad, sin comprender que su rearme sirve para disparar el intento de emulación de sus posibles adversarios, para relanzar la carrera de armamentos y para engrosar aún más la cuenta de resultados de los principales productores de armas (los cinco países con asiento permanente en el Consejo de Seguridad de la ONU acaparan el 85% del comercio mundial de armas).

